**Miércoles VIII del TO
Ciclo B**

****26 de mayo de 2021

Sir 36, 1-2.5-6.13-19

Sal 78
Mc 10, 32-45

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Por última vez Jesús se lo quiere dejar claro a los suyos: les anuncia la suerte que va a correr con todo lujo de detalles. Los poderes religioso-social-político, representado por los sumos sacerdotes por una parte, y el poder de la ley, representado por los letrados, se van a unir definitivamente para acabar con él. Pero, en realidad, no acabarán con él porque resucitará. Queda claro, no hay posibilidad de duda, cualquier expectativa mesiánica-davídica debe desaparecer del ánimo de los Doce.

Jesús va por delante de ellos, con resolución, marcando el camino: con él van, por un lado los discípulos desconcertados[[1]](#footnote-1), y los demás seguidores, con miedo. Unos, desconcertados, los otros con miedo. El diferente sentimiento de unos y otros obedece, naturalmente a sus expectativas. Los discípulos, con sus expectativas de poder están desconcertados, atónitos, porque no entienden cómo con los recursos que tienen Jesús se va a hacer con la capital para instaurar su Reino. Los que le siguen, el resto, tienen miedo, porque en realidad no tienen aspiraciones de poder y son conscientes del peligro que entraña la subida.

Es notable cómo Marcos subraya en este pasaje la distinción entre los dos grupos, insinuando abiertamente que los discípulos no seguían, en realidad, a Jesús (como ellos, por boca de Pedro, habían insinuado en el evangelio de ayer); seguían sus expectativas, sus propios deseos, sus aspiraciones. No lo habían dejado todo por él: lo habían dejado todo por sus pretensiones puestas en la figura de Jesús, como se verá inmediatamente. Sin embargo, el otro grupo sí sigue a Jesús.

Aparecen en escena Santiago y Juan con sus pretensiones «fáciles», de poderío, gloria o dominio, que reclaman para ellos. Ambos piden que esa «gloria» se les conceda graciosamente, como porque sí, sin más ni más. De ahí la respuesta de Jesús: «*no saben lo que piden* ». Porque el camino de Jesús (y su seguimiento) no es ni va a ser un camino de rosas, un camino glorioso, de triunfos fáciles, sino un camino duro, de donación esforzada. Y el camino lo acaba de marcar: la donación de la propia vida.

Marcos nos muestra cuál es el camino real de Jesús, el Mesías, y lo que se propone a quienes quieran seguirlo. Jesús camina no hacia la muerte, sino hacia la Vida («*resucitará*»), pero ese camino de Vida implica la entrega, incluso de la propia vida.

La ceguera del mundo egoico (y los Zebedeo nos representan a todos nosotros cuando sucumbimos a nuestro viejo yo egoico) es tal que no percibe siquiera las propias leyes de la biología, que muestran cómo cualquier forma de vida emerge tras la «muerte» de otra «forma» de vida previa. Los Zebedeo quieren saltarse el proceso, lo que es imposible para la naturaleza humana: porque la cruz se adapta a la naturaleza humana como un guante. Pero en el camino hacia La Vida no hay atajos, no hay caminos cortos y no se puede edulcorar, no dar pasos para saltárselos. Los de Zebedeo no piden a Jesús que les ayude a hacer el camino que lleva allí, que les acompañe en su andar, sino que les lleve por arte de magia a estar ya allí bien «*sentados*». Y no sólo dánoslo porque sí, sino que, además, dánoslo con categoría, ponnos en los primeros puestos («*sentados uno a tu derecha y el otro a tu izquierda*»).

La respuesta didáctica del evangelio no podría ser otra que la que da: «*No saben lo que piden*». Les reprocha su ignorancia. O, podría decirse: no estáis entendiendo que el amor implica un «salirse» de sí mismos, no un «guardarse» cada cual para sí. « ¿*Pueden beber la copa que yo voy a beber o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?*»*.* Aquí se introduce el símbolo de la copa, en el sentido utilizado en la cultura semítica y bíblica a veces como «trago amargo», y el del bautismo, como las aguas del compromiso y de la entrega en que hay que sumergirse. Y es que no se puede tocar a un leproso sin impurificarse, desde la azotea no se puede abrazar a alguien que está en la acera, no se puede sintonizar con alguien sufriente desde la diversión, no se puede acompañar a alguien a subir a un monte quedándose en el campamento base. El Amor implica implicación, valga la redundancia, y para la mente ociosa que busca la des-implicación, ese implicarse será visto como un trago amargo, poco gratificante en principio.

Jesús invita a los Zebedeo a que compartan su destino proponiéndoles su muerte en la cruz como modelo para los dos hermanos. Su sentido no es que cada seguidor tenga necesariamente que morir como Jesús, sino que, según sus circunstancias, debe entregarse al máximo a su misión sin arredrarse por las pruebas a que se vea sometido y, en el caso límite, estar dispuesto a afrontar incluso la pérdida de la propia vida. De lo que se trata es de la entrega por amor. Ellos dicen que son capaces, pero es a todas luces, una respuesta a la ligera, no comprenden el alcance de sus palabras.

Los otros diez apóstoles reaccionan con indignación contra los Zebedeo, creando división en el grupo. Recordemos que los Doce simbolizan el nuevo Israel. Ahora, como sucedió después de David y Salomón que se decidió Israel en dos reinos, ahora «los diez» están contra «los dos» repitiendo aquel antiguo cisma que se dio en el pasado. La unidad del nuevo Israel está rota por la ambición.

Los discípulos están simbolizando a las personas que piensan que el «mundo de Dios», o el «ámbito del Reino» es como el ámbito de este mundo, solo que mejorado o corregido. Y así imaginan que la obra de Jesús va a consistir en «dar la vuelta a la tortilla», de modo que los que antes estaban abajo pasen a estar arriba y los que estaban arriba pasen a estar abajo. Es lo que la mayor parte de los «cambios» sociales, revolucionarios o no, han propugnado y conseguido: un cambio de protagonistas, pero no de mundo y de modo de vida. Jesús está proponiendo no un mero «cambio de situación», sino un cambio radical «de vida», de forma de vivir, de relacionarse, de estar y ser en el mundo. Propugna el desprendimiento de todo lo que estorbe a la realización del amor y de la entrega generosa de unos a otros; propugna una desaparición del dominio (por muy justiciero o benefactor que parezca) para ser sustituido por el servicio desprendido, y propone a todos que se hagan «últimos»: «*Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos*», leímos en el evangelio de ayer.

Por ello, creer en Jesús, «ser cristianos» ha de consistir en ponerse a vivir eso, sabiendo que me puede costar mucho. Ser cristianos, creer en Jesús, es ponerse a vivir el «amor arriesgado», con todo lo que ello implica; no es tanto creer o profesar en la mente una serie de principios o ideas, o incluso tener ciertos «sentimientos» nobles, sino hacer realidad (o intentar hacer realidad) el amor práctico en la vida propia y en la relación con los otros, sean quienes sean los otros; y es estar dispuestos a pagar los precios que esa realidad de amar implique. Pretender vivir o realizar la vida sin pagar precios es una quimera, una ilusión egoica, muy fomentada en las modernas culturas occidentales del bienestar. Pues, «*que no sea así entre ustedes…que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos*».

1. «atónitos», dice en realidad el texto griego. [↑](#footnote-ref-1)